

Miércoles, 1 de febrero de 2017  
“Aceptación de las correcciones”

Hb 12,4-7.11-15

*No habéis resistido todavía hasta la sangre al combatir contra el pecado y habéis olvidado la exhortación dirigida a vosotros como a hijos: "Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor", "ni te desanimes cuando Él te reprenda"; "porque el Señor corrige al que ama" "y azota a todo aquel que reconoce como hijo". Lo que sufrís sirve para vuestra corrección. Dios os trata como a hijos, ¿y qué hijo hay a quien su padre no corrija? Toda corrección, al momento, no parece agradable sino penosa, pero luego produce fruto apacible de justicia en los que en ella se ejercitan. Por lo tanto, "levantad las manos caídas y las rodillas debilitadas", y "dad pasos derechos con" vuestros "pies", para que los miembros cojos no se tuerzan, sino más bien se curen. Buscad la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie puede ver a Dios. Vigilad para que a nadie le falte la gracia de Dios, no sea que brote alguna raíz amarga y os perturbe y llegue a contagiar a muchos.*

Se nos hace muy difícil aceptar correcciones o reprensiones, como las llama el texto. Nuestro entendimiento tal vez puede comprender lo necesarias y buenas que son, al considerar que nadie es perfecto. Pero nuestras emociones fácilmente se rebelan y nos sentimos heridos o tratados injustamente. Hay culturas en las cuales es casi imposible corregir, porque enseguida las personas sienten que se les está quitando su honor.

Sin embargo, cuando Dios nos corrige lo suele hacer a través de personas o de circunstancias. Por eso se necesita una mirada sobrenatural, puesto que la mediación de personas normalmente es imperfecta, precisamente por tratarse de personas humanas.

La lectura de hoy nos amplía esa mirada sobrenatural. De acuerdo con el texto, las correcciones son signos del amor de Dios, que nos muestran que Él se preocupa por nosotros y que busca que progreseemos en el camino de la perfección. ¡Las

correcciones son un signo de su amor paternal a nosotros! Mientras más comprendemos esto y aprendamos a superar nuestra sensibilidad ante las reprensiones, tanto más nos dejaremos guiar por Dios.

Pero, ¿cómo podemos aprender a superar la sensibilidad para comprender y soportar mejor las correcciones? El texto nos muestra el camino:

En primer lugar, hemos de aceptar en la fe que las correcciones son muestras del amor de Dios, aún si emocionalmente no lo sentimos así.

Luego podemos ir aprendiendo de experiencias anteriores (¡ciertamente todos hemos sido corregidos!) que, cuando hemos aceptado una corrección y hemos superado nuestra resistencia y el disgusto que nos provoca, “luego produce fruto apacible de justicia en los que en ella se ejercitan”.

Ambos elementos podemos tener en mente cuando recibamos una corrección. Además nos ayudará mucho enseguida empezar a orar interiormente, invocando al Espíritu Santo para que apacigüe en nosotros la rebeldía interior. Es muy importante que la rebeldía no se manifieste exteriormente contradiciendo al que nos corrige, culpando a los demás, volviéndonos agresivos, etc.

Pero para mantener una sana actitud en nuestro seguimiento a Cristo tampoco podemos caer en una actitud servil negativa, que nos haga parecer oprimidos. Esta actitud puede aparecer cuando interiormente no aceptamos las correcciones ni sacamos de ellas su fruto, sino que las tomamos como una violación y nos sentimos oprimidos bajo un poder dictatorial o traicionados por aquel que corrige. Por eso es necesario que realicemos los procesos interiores para aceptar verdaderamente la corrección.

Ahora bien, nos puede suceder fácilmente que las correcciones que recibimos sean toscas, exageradas y sin un conocimiento total de la situación. Cuando esto ocurra, hemos de poner en práctica la astucia cristiana discerniendo: ¿mi resistencia a la corrección procede de mi orgullo, que suele aparecer frente a toda corrección, o realmente existen razones objetivas que hagan necesario aclarar la situación? En todo caso, no deberíamos perdernos del fruto que puede traernos la corrección aunque no haya sido hecha perfectamente.

No podemos pretender que todo el que tenga la autoridad para corregirnos lo vaya a hacer de forma perfecta. Por eso estaría mal que el imperfecto modo de corregir del otro nos choque tanto que no aceptemos la reprobación o que tomemos la actitud del contra-ataque. Si nos ponemos en esa actitud nos cerramos a la posibilidad de discernir el contenido de la corrección y de sacar provecho de ella. Y si efectivamente en la corrección hubo falsas estimaciones o injusticias, entonces primero deberíamos calmar en la oración nuestros sentimientos alterados, antes de buscar una aclaración de las cosas.

Por lo demás, la lectura de hoy nos recomienda enfocar nuestra concentración en el camino de santificación y buscar estar en paz con todos. En nuestra realidad ciertamente esto significa que debemos mantener nuestro corazón libre en relación con todas las personas, y nunca permitir que crezca en nuestro interior una amarga raíz, que lo destruye todo.

Qué importante es esta indicación: que no debemos permitir que los resentimientos que están albergados en nuestro interior salgan una y otra vez en forma de acusaciones contra otros. Dios, que siempre que nos perdona, quiere que también nosotros vivamos en esta actitud.

Por eso es necesario conocer el propio corazón. Personas que fácilmente se amargan probablemente tienen todavía en su corazón cosas que perdonar y de ahí puede surgir una actitud de constante acusación hacia determinadas personas y, en casos más graves, esta acusación se extiende a todas las personas y circunstancias, llegando hasta a culpar a Dios mismo. Esta amargura se difunde y hace daño también a otros y se convierte en una fuente de injusticias.

Finalmente una última advertencia extraída del texto de hoy: no echemos a perder la gracia de Dios. Tratemos con mucho cuidado la gracia que nos ha sido confiada y cultivémosla en la oración, en la lectura de las Sagradas Escrituras, en los sacramentos, en el trabajo en nuestro interior y en las obras de caridad.